

Crónica Literaria

Por ALONE

"MARTIN RIVAS", POR BLEST GANA (QUIMANTU)

Comentábamos hace pocos días la reaparición de "Nuestra Inferioridad Económica", el libro que don Francisco Encina publicó el año 1911 y que vuelve fresco, palpante de actualidad, según el inapelable juicio, no de la crítica sino del único juez cuyas sentencias no necesitan el cúmplase de la autoridad: el tiempo.

Ahora tenemos otro fallo del mismo tribunal, fundado aun en mayor número de años: "Martín Rivas" de Blest Gana reeditado, ¿después de cuántas ediciones? pertenece a la mitad del siglo XIX, cuyos hábitos y costumbres todavía patriarcales resucita.

Ya se ha convertido en mito su figura y la editorial aprovecha un resquicio para deslizarle otro mito. Don Alberto Blest Gana es presentado como enemigo de la propiedad particular. Con más razón, siguiendo esa táctica, podría acusársele de enemigo de Chile, pues más de la mitad de sus noventa años los pasó en París, aunque nada le impedía volver, y allá están todavía sus restos.

La verdad es que el gran novelista tenía de todo menos de ideólogo teorizante. Incluso en su oficio no formuló otra idea que la de parecerse a Balzac. Ni siquiera le interesaban los cambios de técnica, de lenguaje y de vocabulario que presenció durante su larga carrera. Fecunda hasta el fin, asistía a ellos impasible e inmutable.

El fondo de su temperamento lo constituía un pintor de las costumbres, tipos y caracteres contemporáneos o apenas préríticos, que organizaba (para eso era un maestro) en intrigas vastas con argumentos coherentes y escenas vivas, interesantes por su veracidad.

A semejanza del modelo francés, Blest Gana se propuso trazar una comedia histórica y, tras la primera etapa, "La aritmética en el amor", "Martín Rivas", "El ideal de una calavera", escritas en Chile, recomenzó la segunda con "Durante la Reconquista", de enormes proporciones y la más importante de sus obras, no la más popular y amena.

Entre éstas debe contarse "Martín Rivas".

El joven provinciano que llega a la capital lleno de ambiciones y sueños, desprovisto de experiencia y de fondos, que, poco a poco se va abriendo camino en una sociedad que lo recibe, sin demasiada resistencia, tampoco sin excesiva confianza, se ha convertido en un símbolo y engendrado una progenie de protagonistas novelescos, no románticos ni tan serios, que derivan a la aventura por casas de pensiones cada vez más dudosas.

Hay un resto de patriarcalismo colonial en la casa del rico amigo de su pobre padre que lo acoge en su hogar, al par de sus hijos, entre ellos una hija que toca el piano mientras el joven, al lado suyo, va dando vueltas las páginas del cuaderno de música. ¿Cuántos lo imitarían hoy?

Y son también arcaicas las rebeldías y los amores de su atormentado compañero, precursor en cierta línea disidente y que le sirve de contrapunto.

Ni profundo psicólogo, tampoco refinado artista, Blest Gana se dejaba guiar por su instinto para alcanzar la creación. Obedecía a su mandato sin complicaciones ni sutilezas, con una evidente complacencia de ritmo pausado. Cada personaje, llegada su hora, desempeña su papel, como en una cuadrilla de salón.

Así va formando, impalpablemente, la atmósfera de su época.

Para acentuar la importancia de esta evocación, reproduce Raúl Silva Castro en su monumental estudio sobre Blest Gana, el juicio que le mereció a don Alberto Edwards, sabroso y digno de recordarse.

"El más cumplido comentario que se conoce de esta novela —dice— es el que tituló don Alberto Edwards, su autor, "Una excursión por Santiago antiguo" y que vio la luz en Pacífico Magazine en febrero de 1916. Estaban entonces de moda las resurrecciones del viejo ambiente chileno, que conservaba algunos restos del coloniaje, acaso como postrera despedida que le daba la juventud que ahora ya nada sabe de esas añejeces. La Posada de Santo Domingo, que figura en la novela porque en ella dejó sus maletas el joven Martín Rivas al llegar a Santiago, existe todavía y en el artículo del señor Edwards aparece una bella fotografía de ese monumento derribado en 1934. El trabajo del señor Edwards no es propiamente un artículo crítico..., sino más bien un estudio sobre la sociedad chilena de 1850".

Al hacerlo, no deja su autor de lanzar pullas contra los desagradables naturalistas que no cumplen su deber de entretener al lector y lo espantan con pinturas horribles y detalles inmundos calculados para incomodarlo, exabrupto que finaliza su célebre reflexión, malhumorada e irónica: "No sé cuándo quiere esta gente que pasemos un buen rato".

Blest Gana, realista a lo Balzac, nunca probó las aguas turbias del naturalismo a lo Zola. Era, sin embargo, puntua en sus descripciones tanto que se ha creído ver una clave en varios personajes de Martín Rivas. A don Alberto Edwards le aseguraron que el propio Martín era don Manuel Recabarren, lo que halla discutible. "... me parece, agrega, que el distinguido político radical se parecía muchísimo más a Rafael San Luis. Estamos haciendo historia —continúa—, podemos ser algo indiscretos y recordar que don Manuel Recabarren casó con la que es hoy su viuda, la venerable matrona doña Carolina Solar, hija de don José María Solar y de doña Mercedes Marín". Si prolongamos un poco la indiscreción en nombre de la historia, advertiremos que doña Amelia Solar de Claro, hija asimismo de la insigne poetisa, fue la madre de don Luis Claro Solar y así los Claro Salas y con ellos a media sociedad chilena quedan vagamente emparentados con... Martín Rivas.

Las venturas y aventuras de éste, novelescamente narradas por Blest Gana, sin la enfática entonación de los románticos, sin la crudeza naturalista, deleita a don Alberto Edwards por su equilibrio, su diestra invención, sobre todo, por el carácter chileno total, que abarca desde el sistema de gobierno, la arquitectura de las casas, hasta la indecisión y falta de rumbos fijos en una sociedad recién salida de la Colonia y tentada por la vida internacional de París. Aun los galicismos criollos y el fruncimiento afectado de Agustín Encina, que no podía hablar sin palabras francesas, el señor Edwards los halla inocentes, los perdona en gracia a la suprema amabilidad y el buen tejido de la intrigoso proporcionábale el "buen rato" que iba buscando aquel gran lector de novelas policiales y que, Ministro de Hacienda, se dedicaba a escribirlas.

¿Se podrán extraer de todo eso teorías y flechas doctrinarias? Bueno... "Del más hermoso clavel, pompa del jardín ameno, el áspid saca veneno, la oficiosa abeja, miel".